

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL CAPITAL

Las palabras tienen significado y, además, connotaciones emocionales. A veces, estos ecos, la simpatía o antipatía que despiertan, tienen más fuerza que el diccionario. Eso sucede con el sustantivo *capital*. Una de sus derivaciones –el capitalismo– ha alterado su significado primitivo, de la misma manera que *nacionalismo* ha cambiado el significado de *nación*. El concepto *capital* está en crisis emocional y en auge semántico. Al revisar los textos de economía y de *management* podemos comprobar que

hay una proliferación de *capitales*. Haré un breve resumen: capital financiero, humano, intelectual, relacional, organizativo, digital, social, cívico y, últimamente, capital emocional. Seguro que me dejo alguno más en el tintero. ¿Qué es el capital para poder adoptar tantas modalidades? Arriesgo una definición: capital es un conjunto de recursos acumulados, que amplía las posibilidades de acción o de producción de una persona, un grupo o una nación. Esos recursos pueden ser monetarios (dinero), físicos (materias primas), humanos (la formación de las personas), intelectuales (conocimientos), etcétera. Lo que caracteriza al capital es que está dirigido a la acción, a la producción o a la creación. Un tesoro no es un capital, sino su cadáver. El avaro de Molière no es un capitalista, sino un obseso de la acumulación. Los recursos se convierten en capital si están invertidos o pendientes de inversión. Curiosa palabra: *In-vertir* es verter en

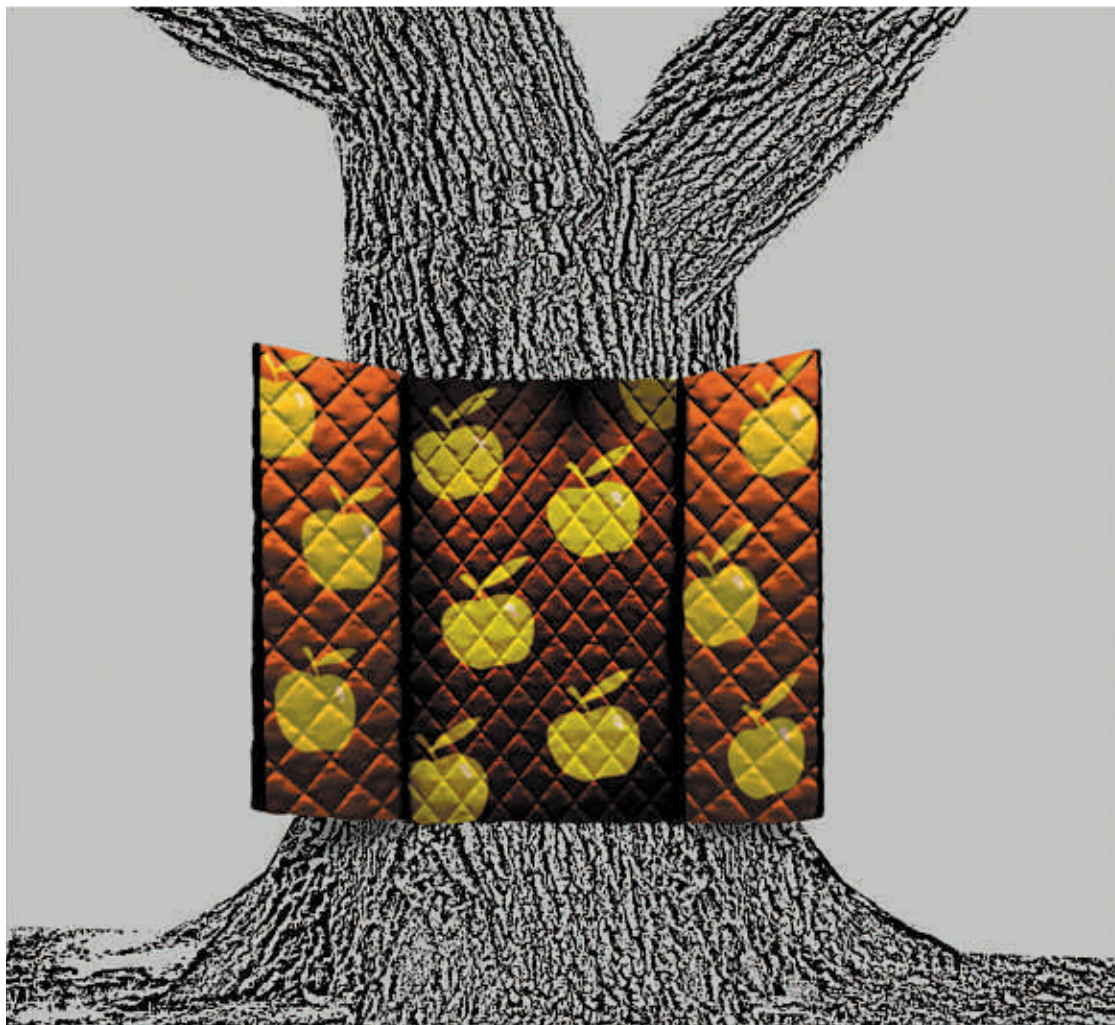
algo, mientras que *divertir* es sacar la atención de donde estábamos para ponerla en otra cosa.

Todo capital amplía las posibilidades de acción. Les contaré un cuento. En un poblado africano las familias tienen que ir todas las mañanas al río, que está a dos horas de camino, para aprovisionarse de agua. Un visitante les informa de que en otra tribu cercana han cavado un pozo y no tienen que perder tanto tiempo en ir al río. Los escuchantes mueven la cabeza con escepticismo y uno a uno contestan: “¿Yo no puedo excavar un pozo, porque no tengo tiempo, tengo que ir todos los días al río?”. El asunto parece no tener solución. Pero el visitante propone una: “Todos podéis dar diariamente

EL CAPITAL CÍVICO ES CLAVE PARA AUMENTAR EL BIENESTAR SOCIAL; PARA CONVIVIR, LA CONFIANZA ES UN VALOR ESENCIAL

un poco de vuestra agua a cuatro vecinos que se quedarían en el poblado para excavar el pozo”. Así lo hicieron y, al poco tiempo, ninguno de ellos tuvo que ir al río a buscar agua. Esa es la función del capital: crear posibilidades.

Hay un tipo de capital imprescindible para las naciones. Me refiero a lo que los sociólogos americanos llaman *social capital* y que yo, para evitar confusiones, llamo *capital cívico*. Es el conjunto de recursos que tiene una sociedad para aumentar las posibilidades de bienestar, de desarrollo, de justicia, de libertad, de buena convivencia. Los expertos incluyen en esos recursos los valores éticos compartidos, la presión social para realizarlos, los modos de solucionar conflictos, la participación en organizaciones sociales, el reconocimiento del mérito y la ausencia de envidia, la justicia en dar premios y prestigios y, como gran fundamento de la convivencia, la confianza. Los ciudadanos de una nación con un alto capital cívico tienen muchas más posibilidades vitales que los que viven en una nación cívicamente pobre. Además, influye directamente en la prosperidad. Cuando repetimos que uno de los males de nuestra economía es la falta de confianza, estamos refiriéndonos a la falta de capital cívico. ■



Raúl